



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 7 Número 1 (Junio 2019)

Pablo de Santiago Rodríguez
"Hombre Racional"

Para citar el artículo

De Santiago Rodríguez, Pablo. "Hombre Racional" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 7.1 (2019)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Hombre Racional

Estoy en una ciudad medieval. Las aceras, formadas por pequeñas piedras colocadas en sillar, apenas se diferencian de las calzadas que son transitadas por la gente. Pequeños puestos se disponen en los lados de la plaza. En ellos se vende comida, sobre todo, pero también hay puestos variados, desde los de cerámica y muebles de madera a puestos mucho más lujosos, con verdaderas joyas y ornamento que brilla en toda la plaza y da un aire de riqueza y buena economía a un sitio, por lo demás, de aspecto un poco extraño: las casas son todas de un solo piso y con un tejado de madera, algunas incluso son de madera enteras; a cada poco hay puestos de venta de animales en las que los ganaderos ocupan una pequeña parcelita con cerdos, burros, gallinas y otros animales con sus respectivas lindezas, que dan al ambiente un tufo muy poco agradable; incluso el cuarteto de cuerda tocando en un cenador en el centro de la plaza parece poco realista y forzado.

Cuando me giro para mirar el otro lado, me ciega el flash de una cámara, me aturde un poco y me hace abrir y cerrar los ojos rápido, lo que no me permite ver a unos operarios que cargan una pared de las casas que veía antes. Me choco con uno de ellos y me caigo al suelo. Por poco no se me cae la casa encima. Me dicen algo en un idioma que no entiendo, pero no me da tiempo a preguntarles ya que se van muy rápido a seguir con su trabajo.

Mientras me levanto, llega un hombre hablando por el móvil en el mismo idioma que los otros; por alguna razón, a este sí que le entiendo ya que le veo subtulado. Dice: «¿Qué demonios pasa con el grupo de bufones? ¿Cómo que no pueden llegar hasta mañana? La actuación es hoy. Mañana tenemos la actuación de «Medieval Theatre». O me consigues algo para hoy o estás fuera. Y diles a esos bufones que se vayan a la mierda».

A lo lejos veo una casa, también de estilo medieval, pero de la que asoma una "M" amarilla y brillante.

Los operarios de antes están terminando de montar la casa y un camión llega a la plaza para entregar al artesano una caja llena de cerámicas.

De pronto alguien me toca en el hombro, es un compañero del trabajo, Luis, y me dice que me está buscando, que tenemos que ir ya o nos perderemos la visita. Cruzamos la calle, saliendo de esa extraña plaza y a lo lejos veo a mi profesor de historia del arte del instituto llamándonos a todos para que acudamos en grupo al edificio que está su lado. Es una especie de palacio o de iglesia. Este sí que parece real. Se encuentra en un islote en medio de un río. Tiene un estilo gótico, o protogótico al menos. Los contrafuertes son verdaderamente monumentales, de un material parecido al mármol, por su blancura, pero mucho más resistente y grandioso; algo así como un tipo de piedra grisácea, pero muy delicada y lujosa. A este palacio de grandes torres, se accede por un puente levadizo sobre una fosa, formada por el río. El puente te conduce hacia el gran portón, muy parecido a las puertas del paraíso de Ghiberti, pero mucho más alto y espectacular. En general, todo el conjunto es parecido a distintas obras de la historia del arte, pero con una monumentalidad y unas dimensiones mucho mayores.

En el interior, todo mejora. La construcción es en mármol bicromático al completo. Junta el blanco y el azul grisáceo, añadiendo algunas columnas verdosas que parecen hechas de jade, además de tener remates en oro y diferentes piedras preciosas incrustadas. Hay además, infinidad de escaleras pasillos y salas que cuentan con los mejores cuadros medievales, tanto tardíos como antiguos; piezas incomparables tanto de vajilla como de colección o de armamentística. Y, por supuesto, frescos en las cubiertas que harían a Miguel Ángel o a Gaulli arrodillarse ante los maestros que los pintaron. Las ventanas eran cristaleras, también de diferentes colores.

Al final, todo en la exposición, nos conduce a la gran sala funeraria, donde está el cadáver de Carlomagno (eso significa que estábamos en Aquisgrán), a pesar de que Carlomagno está enterrado en una iglesia.

La sala, para no excederme en descripciones minuciosas, cuenta con todos los lujos del resto del palacio, pero añade algo increíble y casi inimaginable. Toda la habitación se distribuye en torno a un foso porticado, cuadrangular, cavado en el suelo, que se abre hacia arriba en una cúpula iluminada casi de forma divina, y hacia abajo, en el centro, se encuentra el cadáver de Carlomagno tumbado en una cama bajo una urna de cristal. Para aguantar la cúpula, y el suelo tan hundido, hay grandes pilares, por eso es un foso porticado. Sin embargo, el agujero es tan profundo y grande como un estadio.

Todo es precioso, pero yo no puedo disfrutarlo porque en el sueño tengo un miedo a las alturas increíble y de tanto vértigo que tengo me pongo a llorar y me agarro a uno de los pilares.

—¿Y qué más?

—Nada más. Ya está. Me quedo agarrado, nadie me hace demasiado caso, y al rato, me despierto.

—Ni te caes, ni te intenta tirar nadie ni nada, ¿no?

—No, no. Solo que tengo mucho miedo de caerme, a pesar de que hay protección.

—Y entonces, ¿dices que siempre sueñas así?

—Sí. Me pasa algo increíble, o me va a pasar, pero no puedo disfrutar de ello porque al final acaba siendo o demasiado cutre o yo mismo no puedo disfrutar de ello.

—Vale. Creo que sé lo que podemos hacer. Hoy duérmete pronto.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer, Soraya, tía? ¿Cómo me voy a acostar pronto, si estoy aún contigo?

—Digo que cuando llegues a casa te acuestes rápido.

—Bueno, vale, no te preocupes — respondió más tranquilo, mientras servía una copa de Möet. La noche siguió su curso natural, Soraya y Leonardo terminaron de cenar mientras recordaban

viejos momentos de sus años en la facultad. Cómo Soraya dejó por los suelos a aquel profesor de Marketing o cómo todos suspendieron aquel examen imposible de cálculo, excepto Leonardo por sus famosas chuletas.

Hacía tanto que no se veían que les dio mucha pena tener que despedirse cuando cerraron el restaurante. Soraya tenía un vuelo a Dubai al día siguiente y debía levantarse antes del medio día. Ni siquiera volvieron juntos a sus hoteles; cada uno pidió un Uber y se despidieron en la puerta del restaurante.

—Bueno, supongo que nos veremos este verano ¿Irás a Las Seychelles este año, con todos estos?

—Pues no creo, —dijo ella un poco incómoda— probablemente organice algo con unos compañeros de un proyecto para ir de voluntariado a Perú.

—Bueno, pues nos vemos seguro en otro momento. Muchos besos, cariño y que te vaya bien por Dubai —añadió Leonardo entre risas.

—Vale, ¿acuéstate pronto eh?

—Sí, sí, no te preocupes.

Al llegar a su habitación, Leonardo, ignorando la hora que era, llamó a recepción para que le trajeran un colacao calentito antes de dormirse. A los diez minutos, cuando ni siquiera había terminado la taza se durmió.

* * *

«Del minuto 10 pasa al once, un caballo nace sabiendo andar y dar una vuelta por el monte, el monte el monte, sí dame más monte, no le pongas puertas al monte, o no espera, hazlo, urbaniza. Hazme un árbol, dame un polo. Sí tío quiero más. Ayer estaba en un porta-

aviones, pero quiero más. Dame una copa de eso que bebes, aún soy solvente, claro que soy solvente, tengo más de mil millones, sé lo que quiero, quiero ese caballo y quiero que corra por mí en todas las carreras, que se expandan rumores de que se ha lesionado y que gane siempre; el año que viene al congreso, será genial reírme de todos ellos; paletos. No puedo ni mirarlos, solo quiero que produzcan para mí. Dame todo eso, hazlo, no eres nada. Yo sí, venga, ¿por qué no lo haces? ¿Qué haces ahí sentado? No puedes hacer esto, no debes hacer esto. ¡Trabaja! ¡Te lo ordeno! No, ¿cómo que asalariado? ¿Qué sindicato? ¿Qué piensa mi mujer? Yo no tengo mujer ¿Qué jefe? Mi jefe soy yo, puedo hacer lo que quiera, él solo es el fundador y la cara al público. ¡Déjame! Yo también he triunfado. Al menos no huelo mal. ¿Cómo que mi alma? ¿Qué alma? Nadie tiene alma. Solo debería dejar de caer. ¡Para la máquina! ¡Quiero dejar de caer! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!»

* * *

Leonardo se despierta alumbrado por la luz del Sol. Está en un gran parque urbano donde pasean familias y amos con sus perros, sobre todo. Él está en un banco. A lo lejos, oye el ruido de un teléfono. Un señor que se parece al portero de su casa de cuando era pequeño se acerca y le da una nota. Le dice que le están esperando para la llamada, que siga las indicaciones del papel. El teléfono sigue sonando.

A Leonardo le gusta la idea. Le parece bastante divertido este sueño a lo Matrix. Sin embargo, al intentar leer las instrucciones, la letra está muy pequeña y borrosa. No puede leerlas porque no lleva puestas unas gafas. El teléfono deja de sonar.

De pronto aparece su amigo Beltrán, para ir al partido de baloncesto. Está empezando el segundo cuarto y si quieren llegar para el tercer cuarto, como de costumbre, deben apresurarse.

Decide seguir a Beltrán ya que el sitio, a pesar de resultarle familiar, por algún motivo le es imposible orientarse en él. Beltrán va muy rápido y es difícil seguirle. Hay momentos en los que está alejado más de una manzana, pero siempre consigue reconocerle entre la muchedumbre. Por otra parte, en la calle se va cruzando a gente conocida, como su profesora de lengua, el cajero del «Día» de su barrio, una señora que coge el bus a la vez que él... Se fija en todos ellos.

Cada vez es más arduo seguir el rastro a Beltrán «¿Dónde está ese capullo? Si sabe que no conozco el lugar. A no espera sí que lo conozco, el estadio está a dos manzanas a la derecha. Vale pues voy. Qué guay va a estar, vienen Lebrón y Curry; y alomejor podemos pasar a saludarles luego, Beltrán tiene entradas... Un momento, ¿se puede ser más tonto?»

Leonardo se da cuenta de que su amigo tiene las entradas y no puede entrar al partido. Decide llamarle por teléfono, pero no consigue desbloquear el móvil, no consigue que la pantalla funcione porque tiene las manos sudadas. De repente le empieza a sonar el móvil.

Trata de cogerlo, pero se le escurre de las manos y se cae al suelo dando un montón de vueltas. Preocupado por el teléfono y por la llamada, va corriendo a cogerlo del pavimento, pero sin querer lo pisa. Se oye ruido de cristal rompiéndose. Nota un pinchazo. Se le escapa

el móvil otra vez. Al final lo coge. Va a contestar a la llamada cuando de pronto el teléfono se le escapa de las manos convirtiéndose en arena. El móvil sigue sonando.

Remueve entre la arena, para ver si puede encontrar una tarjeta o un móvil en miniatura que le permita contestar a la llamada, oye como ruidos de olas, las manos se le mojan con la arena ahora húmeda. Ve a un hombre orinar en la arena que está removiendo. El móvil continúa sonando.

Mira hacia arriba, ve un botón gigante en medio de la calle que señala: «Para contestar la llamada, púlsame». Leonardo se acerca al botón y lo pulsa. Un líquido blanco y espeso sale de este y lo envuelve en una gran burbuja. Se eleva en el aire viendo la ciudad desde el cielo, prácticamente. Es una mezcla de muchas ciudades que ha visto: en la costa, cerca del mar, hay unas basílicas con grandes cúpulas de un estilo bizantino; a lo lejos una gran torre de metal bronceado y diferentes rascacielos; situados a los lados del río, un parlamento con letras alemanas, una gran noria, y ruinas de imperios caídos hace ya tiempo que nos muestran un pasado mejor. Parece que se dirigen a una gran estación de tren de estilo neo-algo y que utiliza el bronce y el cristal como elementos primordiales. Un poco vieja, como los animales dentro de esta, pero con grandes remodelaciones. Hay mucha gente. Una infinidad de carteles y anuncios que, ya desde lejos, aturullan a Leonardo.

Cuando entra en la estación, especies de todo tipo vagan por allí: extraterrestres peludos y grasientos; un gran pie; un señor con alas en vez de orejas; unas policías-pelotas amarillas en hoverboards; ancianos con jet-packs; camareros con patines, llevando zumos a caramelos deshidratados y sin sabor; y todo un sinfín de personajes variopintos que sería inútil enumerar en este momento.

En su cabeza oye todo el rato: «Línea D5 dirección A. Una parada». Así que decide ir hacia los andenes.

Baja a las vías y se da cuenta de que ha cometido un gran error siguiendo su instinto. Hay más de 1000 andenes, todos con grandísimas cantidades de trenes llegando en numerosas direcciones a la vez, y cambiando continuamente de forma y de personas que hacen innumerables transbordos para llegar a su destino dando la sensación de ser una masa compacta.

Leonardo busca en los grandes carteles e iluminado, resaltando entre los demás, ve el de la línea D5. Se dirige a este. Se monta en el tren que pasa casi dos segundos después de que Leonardo llegue.

«Vale perfecto. Ya estoy en camino. Ahora supongo que será la primera parada», piensa Leonardo, sin darse cuenta de que acaba de coger la dirección equivocada y va a acabar en Móstoles, por la noche sin ningún otro tren a la ciudad y en el día de Nochevieja.

Leonardo se da cuenta de que está jodido. Se va a morir de frío. Y encima en Móstoles, que no es que tenga nada contra Móstoles, pero...

Va andando por la gélida noche. Literalmente el suelo está completamente helado. Ahora le vendría muy bien un, ¿trineo?

Sí eso, un trineo. Por suerte hay uno en medio de la acera y pone una nota «hacia casa todo recto». Se está perdiendo la fiesta de nochevieja de su vida por haberse equivocado de tal manera. Todo el mundo está ya en su casa, esperándole a él, el anfitrión, y mientras él

en el trineo. Sin embargo, todo va genial. El trineo va rapidísimo y con una suavidad increíble. Es una sensación maravillosa. A lo lejos ya ve los rascacielos de la ciudad otra vez. Lo separa el gran puente que cruza el gran río desde el centro a las afueras. El cielo se tiñe de rojo por el atardecer, a pesar de ser más de medianoche, y los fuegos artificiales dan al ambiente un tono de celebración glorioso. Un momento casi idílico. Ahora es cuando Leonardo se despertaría, justo antes del colofón final. Pero no. Al revés. Pasa el viaje en trineo a cámara rápida porque, a pesar de ser precioso, le resulta aburrido. Quiere llegar a la fiesta ya y ser el rey del mundo.

Llega a su piso en el centro, abre con su escáner de ojos la puerta de la calle. Llama al ascensor y justo cuando va a entrar, le tiran del brazo y le encierran en una habitación, probablemente la habitación de la limpieza.

Se enciende una lucecita y distingue a Soraya que aparece de entre las sombras.

—¿Soraya? ¿Eres tú?

—Sí, Leo. Soy yo. He venido, como te prometí. Llevo un buen rato intentando contactar contigo.

Ya veo que estás igual de jodido que yo hace unos años.

—¿Cómo dices? No te escuchaba entre el último millón que he ganado en estas dos horas de sueño —dice Leonardo chulescamente.

—¿Crees que eso importa ahora? Tú no tienes libertad para soñar. Y eso es lo más importante,

Leonardo. Poder pensar y hacer lo que quieras. Un mundo por y para ti solo.

—Eso es lo que trato de imaginar ¿Acaso no ves esta casa? Mi dinero lo ha hecho todo y es sólo y únicamente producto de mi imaginación.

—Nunca podrás disfrutar de nada de esto si no tomas control de tu sueño —insiste Soraya un poco molesta por la actitud altiva de este—. Debes hacerme caso. A lo único a lo que puedes aspirar ahora es a que este sueño de excesos se convierta en un atraco a favor de conseguir dinero, en vez de poder explorar todas las posibilidades que te ofrecen. Puedes aprender.

—Pero, ¿a qué te refieres?

—A esto.

Sin poder pestañear dos veces, aparecen en un bosque lleno de árboles bailarines que les llevan a cada uno hacia un gran castillo medieval en medio de un monte infinito con tres horizontes y dos soles.

—Esto es el tipo de cosas que podrías disfrutar si me hicieses caso —dice ella con cierto orgullo y emoción.

—No es muy útil esto, la verdad —responde él ausente, pensando en la fiesta que se sigue perdiendo—. El castillo es infranqueable y no sabemos construir grandes puentes, ni escaleras. Nunca podremos salvar a la princesa.

Laura entonces silbó de forma extraña, con las puntas del pelo. Al momento aparecen unos pegajosos rosas con grandes alas, llenas de lentejuelas que reproducen melodías maravillosas al moverse. Leonardo queda realmente impresionado

Leonardo y Soraya se montan. Van planeando por el cielo mientras ven diferentes villas que les atraen cada una más que la anterior. Soraya parece ser conocida por todos los habitantes de estos lugares variopintos. Le conocen: las abejas con chistera; los bollos de crema de chocolate con ojos; las montañas parlantes; las casas vivientes y todos los objetos en su interior, que también tienen vida propia. E incluso le saludan con amabilidad los porteros de discoteca retirados que viven en la puerta de su casa, todos vestidos de negro como en un funeral.

Para todas estos pequeños pueblos, ella es una especie de heroína y la denominan Guardianas.

Todo es muy fantasioso. Sin embargo, el miedo a las alturas de Leonardo hace que el viaje sea un horror, ya que está llorando y el pegaso, con su voz de tenor, le está diciendo a gritos que se calle de una vez.

Soraya trata de buscar una solución.

—¡Mira! Un parque de atracciones. Vamos a parar allí. En un parque de atracciones es todo falso. Allí no te puede pasar nada. No puedes tener miedo. Allí puedes aprender a luchar contra la realidad.

—Bueno, vale —responde Leonardo entre sollozos. Llegan al parque de atracciones. Hay una cola kilométrica para entrar. —¿Ves? —dice enfadado—Te empeñas en que si la fantasía y que puedes hacer lo que quieras, pero esta es la realidad. Aquí, enfrente de tus narices. Aunque hiciésemos cola durante dos días no podríamos entrar al parque. En cambio, si el parque fuese nuestro. Podríamos hacer lo que quisiésemos.

—Aquí nadie posee nada. Todo es de todos. Tu dinero no vale nada —responde Soraya tranquila.

—¿Y por qué no imaginas algo mejor? Donde podamos pagar por entrar al parque los primeros.

—Yo no hago las normas del mundo de los sueños. Sin embargo, mira.

Se acerca a la cola. Uno a uno, todo el mundo en la cola les deja pasar. Pronto están en el principio de la fila.

—¿Y esto? —Preguntó Leonardo mucho más animado.

—Es lo que tiene poder hacer lo que quieras, que te proporciona una serie de oportunidades, que nadie podría imaginar, para hacer el bien. Y eso tiene sus recompensas.

—Leonardo sonrío, completamente emocionado. Soraya le devuelve la sonrisa.

* * *

Y así, con Leonardo mucho más convencido de que eso valía la pena, y Soraya habiendo demostrado el poder de la fantasía entraron en el parque. No vamos a dar más detalles de lo que pasó ya que el relato debe llegar a su fin y hemos cambiado el tiempo verbal con el propósito de terminar cuanto antes. Simplemente, el lugar no hizo más que confirmarles lo que ya sabían: la fantasía mola. Tanto molaba y tan desafiante era, que al rato de estar en el parque surgió una misión que hizo que Leonardo se estrenase como héroe salvando el día

de manera espectacularmente rocambolésca y fantasiosa. Todo parecía marchar sobre ruedas.

Sin embargo, y como giro final, el personaje de Leonardo, que tan valiosas lecciones parecía haber aprendido y tan redondo resultaba, da la sorpresa, más o menos impactante, (para gustos colores) y traiciona a su amiga Soraya. Y además, de la forma más ruin y rastrera. Una engañifa brutal y solo justificada por las ganas de fiesta del propio Leonardo. Vaya espectáculo. Ojalá diese tiempo a contarlo.

Y así, tras haber traicionado a su amiga, Leonardo se dispuso a subir a su fiesta.

¡Qué ingenuo!

No se dio cuenta de que la realidad puede jugarle una mala pasada y hacer que el ascensor se haya roto, porque, ¡vaya! hace menos 10°C y todo se ha congelado. Toca subir por las escaleras ¡Pero espera! Leonardo es asmático y cuando solo llevaba dos pisos, de los veinte que tenía que andar, le dio un ataque de tos y se cayó por las escaleras. Pero esto no solo pasó una vez, sino que se repitió continua y sistemáticamente hasta que a las 11 del día siguiente, Leonardo se despertó sudando y con unas ganas de hacer pis tremendas.

Y así. Mientras hacía pis, todo el sueño se iba por el retrete, dejándole solo con la parte en la que se caía por las escaleras una y otra vez. «¡Vaya nohecita!», pensaba sin comprender el profundo idiota que realmente era.

Ese día, Soraya cenaba perdices al limón en base de frutas, y charlaba con un renombrado pintor en Dubai. Mientras tanto, Leonardo mordisqueaba una pizza fría que había pedido a recepción, otra vez, demasiado tarde.

Perfil del autor

Pablo de Santiago Rodríguez es un estudiante de primer curso del doble grado en historia y filología clásica de la universidad Complutense de Madrid. Apasionado a la escritura desde una edad temprana, ha ganado concursos literarios en su instituto y ha recibido varios cursos de escritura creativa, tanto en la universidad como fuera. Por otra parte, sus intereses se concentran en la literatura clásica grecorromana y en las corrientes literarias y de pensamiento de los siglos XIX y XX.

Contacto: <pabdesan@ucm.es>